

construir su aspecto visual, sino también para revelar los posibles “códigos subliminales” contenidos en ellos.

Las ilustraciones que acompañan al texto en esta edición –emblemas, retratos, cuadros mitológicos de la época, etc.– están muy bien elegidas. Tal vez hubiera sido útil incluir, para el lector menos familiarizado con la tradición de los arcos ceremoniales, una reconstrucción pictórica del *Neptuno* o la ilustración de un arco comparable (como el que figura en el cuadro titulado *Entrada del virrey arzobispo Morcillo en Potosí* de Melchor Pérez de Holguín, en el Museo de América de Madrid). También hubiera sido conveniente dedicar más atención al otro arco mexicano de 1680 (auspiciado por el cabildo de la ciudad), el *Teatro de virtudes políticas* de Carlos de Sigüenza y Góngora. Un *tour de force* como el *Neptuno*, el *Teatro de virtudes políticas* ofrecía la novedad atrevida de un esquema alegórico-mitológico que se basaba, no en los dioses de la antigüedad grecorromana, sino en los antiguos monarcas aztecas cuyas virtudes servirían de modelo para el nuevo gobernante del virreinato. Un análisis comparativo de los dos arcos hubiera puesto de relieve el carácter extraordinario de ambos, y la feliz coincidencia de los dos talentos excepcionales contratados para las ceremonias en honor del marqués de la Laguna. Pero éstos son reparos pequeños. Con esta edición, Arenal y Martín ha-

cen una contribución espléndida a los estudios sorjuaninos. Gracias a la introducción orientadora y las glosas exhaustivas, cualquier lector interesado – sea especialista o no – podrá leer el *Neptuno* con provecho y gusto. Guiado por esta edición, y con la ayuda de lo que Sor Juana llamaría “el pincel invisible” de la imaginación, el lector podrá reconstruir mentalmente el magnífico y efímero arco que dio la bienvenida a un nuevo virrey de Nueva España aquella tarde de noviembre de 1680.

Frederick Luciani

Universidad de Colgate. EE.UU.

Lillo, Baldomero

Obra completa. Eds. Ignacio Álvarez y Hugo Bello Maldonado. Biblioteca Chilena, vol. 1. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008. 799 pp. (ISBN: 978-956-8421-17-5)

Baldomero Lillo (1867-1923), primer gran cuentista chileno y un narrador que sin duda vale la pena leer, fue el responsable del abandono del escenario novelesco del salón criollo, que caracterizaba a la narrativa de fin de siglo, para descender al infierno de las minas de carbón, ese lugar donde trabajaban hasta el agotamiento y la inanición unos mineros que se nos presentan inhumanamente explotados. Hombre de cla-

se media nacido en Lota, en medio de la región carbonífera, Lillo fue un aventajado testigo de ese inframundo, el cual conoció personalmente. En palabras del escritor Carlos Droguett, “no hay escritor más antiliterario que él, no es un cómodo y estomacal testigo de oídas, no está arrinconado en su habitación, escribiendo en un pedazo de palo las consejas de otro, no, él está en la calle, en el patio del conventillo, en la ronda de presos de la comisaría, en el fondo de la mina”. Y añade “no es ni siquiera un testigo del dolor, él es el dolor mismo, personificado y presente, de ahí su fuerza, su sinceridad, su vigencia y su permanencia” (660). De la pluma de Lillo brotan algunos de los mejores y más estremecedores relatos que protagonizan los mineros de *Sub terra*. Es difícil apartar de nuestra retina a los protagonistas de cuentos como “Los inválidos”, “La compuerta número 12”, “El chiflón del diablo” y “Juan Fariña”, por mencionar algunos de los más conocidos. Pero su prosa no solo dibuja la angustia de esos mineros cuya vida se extingue irremediabilmente entre los piques y los túneles subterráneos, sino también la de sus familias en la superficie, así como la de los campesinos y la gente de mar. De ello dan cuenta relatos como “El pozo”, “Caza mayor”, “Cañuela y Petaca” y “El registro”, entre los de tema campesino, y “El ahogado”, “El remolque”, “Subsole”, “El hallazgo” y “La ballena”, entre los de

tema marino. Y en todos ellos mantendrá siempre una misma constante: la denuncia, sin retóricas ideológicas, de la injusticia, del mal y de la impiedad que arrasa la vida de esos seres humanos desvalidos, víctimas de su sino trágico y de la miseria, en vivo contraste con unos pocos acomodados que viven haciendo la vista gorda ante el sufrimiento de esos obreros.

Esta voluminosa edición de la *Obra completa* de Baldomero Lillo comienza con un interesante prólogo de Jaime Concha, titulado “Lillo y los condenados de la tierra” (15-67), en el cual se aborda la historia de la figura del minero, centrándose, sobre todo, en los duros datos de la explotación minera en la época en que Lillo sitúa sus relatos, proporcionando cifras humanas concretas. Además, Concha hace una revisión del tema en la literatura, partiendo por *Germinal* (1884-1885), de Emile Zola, así como en el cine, desde la película del norteamericano John Ford (*How green was my valley*, 1941) hasta la reciente adaptación de *Sub terra* de Lillo en la película homónima de 2003, dirigida por el chileno Marcelo Ferrari. Asimismo, es muy bienvenido el recorrido que hace por los contextos históricos y culturales que marcaron la obra de Lillo. El único reparo que se puede hacer al prólogo de Concha es gatillado por un hecho personal que saca a colación: en 1971 y 1972 él mismo tuvo la oportunidad de bajar a la

mina de Lota; a propósito de esta experiencia, Concha se desata en un comentario político contra la dictadura de Augusto Pinochet, mencionando a unos desaparecidos del régimen (29, n. 17) que poco y nada tienen que ver con la materia del prólogo.

Siguiendo el orden de presentación, comento a continuación la edición de los cuentos de Lillo, teniendo a la vista los criterios editoriales esgrimidos por los editores. En primer lugar figuran los cuentos publicados por el autor bajo el nombre de *Sub terra* (1904, con edición corregida y aumentada en 1917); luego aparecen los de *Sub sole* (1907) y, finalmente, sus cuentos –algunos publicados en vida de Lillo y otros póstumos– aglutinados por José Santos González Vera bajo el nombre de *Relatos populares* (1942). Destaca además la publicación del texto de *La huelga*, novela inconclusa de Lillo sobre la explotación del salitre en la que se encontraba trabajando al momento de morir. Huelga decir que hay que felicitar sinceramente a los dos editores por su trabajo de investigación, recopilación y edición de los textos de Lillo, y a la Universidad Alberto Hurtado por la creación de esta colección que en conjunto han titulado Biblioteca Chilena, iniciada con la *Obra completa* de tan gran cuentista. Es un hecho positivo porque significa que están proyectando su labor en el tiempo y seguramente veremos aparecer nuevas edi-

ciones de las obras de otros connotados autores chilenos abandonados por el mundo editorial. Hay que destacar, por cierto, la calidad de la edición y la cuidada presentación del texto, aunque este no esté exento de algunas erratas, que sin duda podrán corregirse en futuras reediciones. Los criterios de edición parecen razonables, y los editores demuestran haber rastreado concienzudamente todas las publicaciones, tanto en vida como póstumas, de los cuentos de Lillo, hecho que nos asegura estar, por fin, frente a una versión definitiva de sus relatos. Sin embargo, en el afán de mejorar algunos criterios de la colección, me permito aportar algunas sugerencias:

a) En relatos como los de Lillo, donde se repiten, cuento tras cuento, nombres técnicos relacionados con las labores de extracción del carbón, parece innecesaria la repetición de las mismas notas a pie de página, repetición que en los criterios editoriales (80) los editores justifican porque este tipo de obras nunca se lee ordenadamente, y más vale pecar por exceso que por omisión, dicen. Sin duda el problema se solucionaría mejor simplemente agregando un glosario o un índice de voces anotadas al final de la edición, que el lector disperso pueda consultar cada vez que un vocablo le genere dudas.

b) Lillo corrigió varios de sus cuentos iniciales, desechando largos pasajes. Es de agradecer que los editores

hayan decidido proporcionar a pie de página esos textos omitidos por Lillo, pero no parece justificado mantener en ellos la ortografía arcaica de los originales, que bien se puede modernizar, tal como se ha hecho con el texto definitivo de Lillo finalmente editado, lo cual facilita la tarea al lector.

c) Otro problema que hay que revisar es la puntuación. Los editores indican que han mantenido estrictamente la puntuación de los relatos tal como figura en los textos publicados en vida de Lillo, corrigiendo solo las erratas literales. Pero son numerosos los casos en que la puntuación conservada hacía necesaria la enmienda. Solo por poner algunos ejemplos, véanse los siguientes pasajes: “El mozo se interpuso y, con tono sombrío, y resuelto exclamó” (*El pozo*, 150); “Súbitamente se descolgaba del árbol y, caía sobre la grupa del animal, un monstruo espantable...” (*La chascuda*, 423); o este otro donde, dado que la puntuación brilla por su ausencia, nos vemos obligados a coger aire antes de leer: “Era el favorito de la clientela femenina de la villa que no quería ser atendida sino por él con gran desconsuelo de los demás horteras que no podían conformarse con esta para ellos injustificada preferencia” (*La propina*, 437). En estos y en muchos otros casos se hacía necesaria una actualización o enmienda de la puntuación o ausencia de ella, fuera ésta de Lillo o de sus editores, sin que esto sig-

nificara, creo, pasar a llevar su estilo literario, que por supuesto debe ser respetado. Por último, me refiero a un problema de anotación filológica: en el cuento *El oro*, (290), a la frase de Lillo “alcanzaré la veloz cuadriga antes que desaparezca debajo del mar”, corresponde la siguiente nota 44 de los editores a la voz *cuadriga*: “Carro tirado por cuatro caballos, usado en la antigüedad en las carreras del circo y como símbolo del regreso de los triunfadores”. La nota, aunque correcta, no ahonda en el sentido principal de la frase. Debíó anotarse ahí que la alusión de Lillo es al sol y al famoso mito de su hijo Faetonte, al cual aquel le prestó su carro, con desastrosas consecuencias, tal como narra Ovidio en sus *Metamorfosis*.

Los restantes segmentos de la edición, todos muy valiosos, corresponden a un dossier, una cronología y finalmente la bibliografía. Tres trabajos integran el dossier. El primero, del escritor chileno y Premio Nacional de Literatura Carlos Droguett, bien conocido por novelas como *Eloy* (1960), *Patas de perro* (1965) y *El compadre* (1967), se titula “Baldomero Lillo o el hombre devorado” (643-61). Publicado inicialmente en la Revista *Mensaje* 209 (1972), este texto es el comentario pleno de admiración de un escritor que se rinde ante la prosa de su maestro. En este sentido, cabe destacar la comparación que hace Droguett de uno de los relatos marinos de Lillo, “El hallazgo”, publicado por

primera vez por Lillo en 1919 e incluido después en sus *Relatos populares* (1942), con la novela *El viejo y el mar* (1952) de Hemingway. Para Droguett en esta competencia sale ganando, sin duda alguna, Lillo, no solo porque frente al tema similar de ambas obras la del chileno es anterior a la del norteamericano, sino porque “no hay en Hemingway esa hondura de sentimiento, esa incisión en el dolor que es esencial en Lillo” (650). Los personajes de Hemingway son siempre héroes arquetípicos, superhombres, triunfadores, mientras que los de Lillo no son héroes, sino hombres, seres verdaderos corrientes y sufrientes. Sin embargo, no todo son alabanzas a Lillo: en un apartado que subtitula “Morir dos veces” (654), Droguett dedica algunos interesantes párrafos a pasar revista a lo que él llama la incapacidad del cuentista chileno de cerrar a tiempo muchos de sus relatos. Comentando uno de ellos, que lleva por título “El ahogado”, Droguett puntualiza cómo el relato debió terminar cuando el pescador Sebastián, apremiado de dinero para obtener la mano de su querida Magdalena –la cual está a punto de decidirse por un mejor partido–, encuentra providencialmente en las heladas aguas del mar a un moribundo desertor de un buque de guerra, el cual porta consigo un portamonedas repleto de monedas de oro. La conciencia de Sebastián libra un furioso combate, pero finalmente su amor y la

codicia pueden más y, ansioso de apropiarse del dinero salvador, le revienta el salvavidas al moribundo. Para su estupor y desconuelo, el hombre se hunde llevándose tras de sí el portamonedas. A juicio de Droguett el cuento debía terminar brillantemente ahí (654). Y claro es que Lillo dedica varias páginas más a narrar un nuevo encuentro del ya enloquecido Sebastián con el cadáver del ahogado que lo persigue, hasta llegar a su irremediable muerte final.

El segundo artículo es de Luis Bocaz y lleva por título “*Sub terra* de Baldomero Lillo y la gestación de una conciencia alternativa” (663-96), publicado en *Estudios Filológicos* 40 (2005), cuyo eje gira en torno al carácter rupturista del discurso presente en los cuentos de Lillo frente al discurso de la clase oligárquica dominante: “*Sub terra* es un detonante para debatir la llamada “cuestión social” desestimada por los círculos dirigentes” (686). Destaco, entre todos los temas abordados por Bocaz, la vinculación que establece entre los cuentos mineros de Lillo y fuentes paralelas tan importantes como los *Bocetos californianos* de Bret Harte (1836-1902), escritos por el norteamericano al calor de la fiebre del oro en California, o el mismo *Germinal* de Émile Zola. En favor de la creación de Lillo jugaría un mayor contacto con la realidad descrita, contacto muy superficial en el caso de Harte y Zola, según Bocaz (670-72). Por último, Bocaz

destaca que Lillo representa al intelectual de capas medias emergentes, y su obra es esencialmente chilena y enfocada en lo social, distanciándose de la literatura del pasado y de la corriente literaria del modernismo (689).

El tercer y último artículo, a nuestro juicio el mejor de todos los contenidos en este volumen, es “Seis cuentos de Baldomero Lillo”, firmado por Leonidas Morales y publicado originalmente en *Estudios Filológicos* 2 (1966). Tomando como eje seis relatos redondos de *Sub terra* que giran en torno al mundo de la mina de carbón, Morales postula la presencia de dos niveles en todos ellos: a) El espacio subterráneo de la mina y b) ese espacio como una visión del infierno (700). El análisis de Morales toma como punto inicial los trabajos, todavía embrionarios, de autores como el crítico chileno Alone, que en un texto de 1954 indicaba que Baldomero Lillo habría descendido a la mina “como Dante, provisto de una terrible lámpara. Narra la existencia infernal de los mineros, inmutable, poniendo un detalle después de otro, descansadamente, hasta espantar” (702). Según Morales, el patetismo duro y seco de los relatos de Lillo no se puede, sin más, reducir a la sociología marxista (731); en realidad, el de Lillo es un mundo traspasado de religiosidad y responde a una concepción cristiana del hombre, con un trasfondo de pensamiento cristiano-bíblico que gravita so-

bre la significación del mundo narrado y que cimenta la visión grotesco-infernal de Lillo (702-03).

Cerrando la edición encontramos la Cronología, realizada por la estudiante de pedagogía Mayling Tan, la cual resulta de suma utilidad para situar el contexto cultural, social y político en que se desenvuelven la vida y la obra de Baldomero Lillo. Del mismo modo, la Bibliografía incluye no solo un completo registro de todas las publicaciones de las obras de Lillo (en revistas, periódicos, libros y antologías), sino que enlista todas las traducciones conocidas y es un completo registro bibliográfico de todas las fuentes que aparecen citadas en el prólogo, en las notas al pie y en los distintos estudios agrupados en el dossier. Para el lector interesado y para el estudioso de la obra de Lillo esta edición resulta, por tanto, de una inestimable utilidad.

Miguel Donoso Rodríguez
Pontificia Universidad Católica de Chile

Martín Ezpeleta, Antonio

Las “historias literarias” de los escritores de la Generación del 27. Madrid: Arco Libros, 2008. (ISBN: 978-84-7635-749-1)

El interés por el género de las *historias literarias* ha surgido en la actualidad